

CRÓNICA

CARDUCHO DE NUEVO EN EL PAULAR



La recolocación de los cuadros de Vicente Carducho en el claustro del monasterio de El Paular, para el que originariamente fueron pintados, ha sido un acontecimiento de primera magnitud en el mundo artístico, digno del mayor encomio y, por ello, era obligación de esta revista dedicarle una breve crónica. Con aquella ha culminado una compleja tarea que no solamente ha consistido en el rescate de todas las pinturas conservadas de la enorme serie, depositadas y dispersas por el museo del Prado en diversos templos e instituciones y en su debida limpieza y consolidación antes de reubicarlas en el claustro, sino, además, en la rehabilitación del precioso retablo de alabastro de la iglesia, en la recuperación de la sillería del coro y en la terminación del saneamiento y restauración del magnífico recinto del Sagrario. De esta suerte el visitante de la antigua Cartuja, fundada en 1390 por Enrique IV y hoy regentada amorosamente por la Orden benedictina, podrá comprender cabalmente y disfrutar con mayor conocimiento de causa cómo se desarrollaba la existencia en una Cartuja y cómo las obras de arte en ella contenidas funcionaban en un contexto religioso-didáctico que por desgracia se pierde cuando se las contempla en los museos, fuera del ambiente para el que fueron pensadas y creadas. Concretamente la larga serie de cincuenta y cuatro telas –pues solo dos de ellas se han perdido a lo largo del continuo exilio y peregrinaje a que fueron sometidas– narran tanto la vida del fundador de la Cartuja, San Bruno y sus compañeros de orden, cuanto los tremendos y sangrientos martirios padecidos estoicamente por muchos indefensos cartujos en toda Europa durante las primeras décadas de las guerras de religión. Pues bien, todos esos lienzos, dado que la rigurosa regla cartujana no toleraba visitas ni siquiera del claustro, nos lleva a pensar que todos ellos estaban destinados no a la propaganda y elogio de la orden cartujana sino a estimular visualmente a sus miembros en la imitación de las virtudes de sus fundadores y antepasados, y a aumentar su fervor y entrega a la austeridad, silencio y oración distintivas de su instituto.

No es preciso relatar las peripecias por las que han pasado los cuadros durante el arranque y traslado de ellos desde que salieron de El Paular en 1838, en virtud de los cuales experimentaron continuados desperfectos y suciedades que se ha procedido a subsanar lo mejor posible. El deseo de recuperar la totalidad de la serie y devolverla a su lugar de origen ha sido constante a través de muchas generaciones de dirigentes de museos, expertos, críticos, historiadores de la pintura o simples simpatizantes de la orden cartujana, por ejemplo el estudioso alemán Bernad Beutler que compuso una cuidada y muy documentada monografía sobre el asunto. Pero, por una razón u otra, y ante la dificultad de la empresa no se ha podido colmar en su totalidad ese clamoroso anhelo hasta el año pasado, aunque es cierto que ya se habían realizado anteriormente algunas campañas parciales de restauración. Por ello es más de ponderar el esfuerzo que ha llevado a cabo el museo del Prado durante los últimos once años, generosamente amparado por el Estado español, por medio del Ministerio de Cultura, y por otras instituciones, como la asociación Amigos de El Paular, para totalizar el proyecto de la restauración de la iglesia y su Sagrario, del acondicionamiento del claustro y de la instalación de las telas de Carducho. Gracias a todos ellos y que lo hecho continúe y dure por muchos años.

ALFONSO RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS